

Oriente y Occidente cristianos (1054-2004)

Novocientos cincuenta años de Cisma

José ORLANDIS

Resumen. Un largo itinerario condujo a la separación entre Oriente y Occidente en 1054. El primer choque se produjo en el concilio de Calcedonia (451). A finales del siglo VI, el patriarca de Constantinopla asumió el título de «patriarca ecuménico» frente a los derechos del papa Gregorio Magno. Después vino el serio enfrentamiento por el *Filioque*, en el siglo IX. Finalmente el cisma de Miguel Cerulario en 1054. Los cruzadas, sobre todo la cuarta, de 1204, contribuyeron más al distanciamiento. Muchos han sido los intentos unionistas en el segundo milenio, pero sin frutos: el II Concilio de Lyon (1274) y el Concilio de Florencia (concretamente en 1439). Con todo, ha habido algunos resultados, aunque parciales, como la Unión de Brest-Litowsk (siglo XVI) o el levantamiento de las excomuniones mutuas al final del concilio Vaticano II. El reciente documento de la Congregación para la Doctrina de la Fe, fechado en el año 2002 y titulado «El Primado del sucesor de Pedro en el Misterio de la Iglesia», puede ser un camino para resolver la cuestión de la primacía romana.

Palabras clave: Cisma de Oriente, Miguel Cerulario, Unión de Brest-Litowsk, Primado romano.

Abstract. The itinerary leading to the 1054 separation between East and West is a long one. The first clash arose in the Council of Chalcedonia (451). Towards the end of the 6th century, the Patriarch of Constantinople assumed the title of «ecumenical patriarch» vis-à-vis the rights of Pope Gregory the Great. This was followed in the 9th century by the serious confrontation in relation to the *Filioque*. The final clash came in 1054 with the schism of Michael Cæularius. The Crusades, especially the Fourth Crusade in 1204, contributed to the growing rift. There have been several attempts at unification in the second millennium, all to no avail: the II Council of Lyon (1274) and the Council of Florence (concretely, in 1439). There were some partial results however, such as the Union of Brest-Litowsk (16th century) or the lifting of the mutual ex-communication at the end of the II Vatican Council. The recent document of the Congregation for the Doctrine of the Faith, which came out in 2002 with the title «The Primacy of the Successor of Peter in the Mystery of the Church», could provide a way to resolve the question of the Roman primacy.

Key words: Eastern Schism, Michael Cæularius, Union of Brest-Litowsk, Roman primacy.

1. *La expansión del Cristianismo en la cuenca del Mediterráneo*

El mes de julio suele ser muy caluroso en Constantinopla. Lo era sin duda aquel julio del año 1054, en que iba a consumarse el Cisma oriental, la mayor tragedia que había conocido en toda su historia la Iglesia de Cristo. Pero aquel drama no fue como el rayo que brilla súbitamente en medio de la noche o el terremoto imprevisto y destructor. Era el final de un paulatino enfriamiento de la caridad eclesial, el resultado de un progresivo y no remediado distanciamiento entre las dos grandes parcelas de un único Pueblo de Dios. Mas antes de seguir adelante, vale la pena intentar rehacer los principales capítulos de aquel proceso, para poder comprender las razones profundas del triste acontecimiento ocurrido a orillas del Bósforo, en una cálida jornada estival del año 1054.

Durante media docena de siglos, la cuenca del Mediterráneo constituyó el gran espacio cultural y político del Mundo antiguo. Bajo la égida de Roma, un sínfin de pueblos ribereños de habla griega y latina, pero también siria, aramea, árabe o copta, convivían en relativa armonía desde que Octavio Augusto cerró el Templo de Jano e inauguró un largo período de paz, que recuerda todavía hoy la expresión «paz octaviana». Este fue el contexto histórico que rodeó el nacimiento y la primera expansión del Cristianismo, que se extendió por doquier siguiendo las calzadas romanas o cruzando las aguas del *Mare Nostrum*. San Pedro vivió en Jerusalén, Antioquía y Roma. San Pablo recorrió una y otra vez el Asia Menor, visitó Macedonia, permaneció largo tiempo en la Península helénica; escribió a las iglesias de Tesalónica y Roma, Galacia y Corinto, Efeso, Filipos y Colosas. Soñó incluso en viajar a Hispania, y seguramente lo hizo tras el final de su primera cautividad romana. Y todo eso lo realizó sin salirse de su mundo, que era el universo Orbe romano.

2. *Un proceso de escisión cultural*

En todo este mundo mediterráneo, el griego fue durante mucho tiempo la lengua oficial de la Iglesia. Hay que llegar hasta finales del siglo II para que el latín —la lengua vulgar de Occidente— sea recibido en la Liturgia cristiana del África romana y en esta región aparezcan los primeros escritores eclesiásticos y Padres latinos, entre ellos Tertuliano, san Cipriano de Cartago mas tarde san Agustín. Se había dado un primer paso hacia la fractura cultural entre mundo griego y mundo latino, que la marcha de los acontecimientos políticos a partir de la segunda mitad del siglo III vino a favorecer. El Imperio era demasiado extenso para ser gobernado por una sola mano, y el reparto del poder soberano con un colega o bien la constitución de un verdadero «colegio imperial» —la «Tetrarquía», el gobierno de cua-

tro— condujo a la estructuración administrativa de dos *Partes Imperii* y, finalmente a la configuración de dos imperios, el griego de Oriente y el latino occidental. Dos Imperios cristianos cuyo ulterior destino iba a ser muy distinto: el de Occidente desaparecería en la segunda mitad del siglo v, mientras que el Oriental sobreviviría mil años más.

Las peripecias de la historia civil tuvieron considerable repercusión en la vida de la Iglesia durante la Tardía Antigüedad. La organización eclesiástica se fundaba en una primacía de la Sede de Pedro y Pablo, la de Roma, capital del Imperio occidental. En Oriente, existían otras grandes Iglesias de fundación apostólica, que constituyeron los «Patriarcados» de Alejandría, Antioquía y Jerusalén. Pero su importancia decreció, como consecuencia de la aparición en el siglo v de las herejías cristológicas —el nestorianismo, el monofisismo—; y, en la primera mitad del siglo vii, esos Patriarcados sufrieron un durísimo golpe, al caer sus territorios bajo el dominio político del Islam. La consecuencia fue que el dualismo Oriente-Occidente se perfiló cada vez más como una bipolaridad entre Roma, sede primada de la Iglesia universal, y la «Nea Roma», la ciudad imperial fundada por Constantino, sede de un Patriarcado cuyo titular se arrogó un altísimo rango en la Jerarquía eclesiástica, inmediatamente después del Romano Pontífice.

3. El ejercicio del Primado papal

Es un hecho incuestionable que la Primacía papal nunca se ejerció con igual intensidad en todo el mundo cristiano. Hace ya muchos años que Pièrre Battifol formuló la teoría de los tres círculos, para expresar el alcance de la autoridad romana: el círculo más restringido, donde esa autoridad se ejercía de modo más inmediato era la Península italiana; un segundo círculo comprendía el mundo latino-germánico, surgido tras la caída del Imperio romano de Occidente; el tercer círculo —el más amplio y sutil— se extendía por el resto del universo orbe y comprendía en primer término el Oriente cristiano.

¿Cuál es la Primacía papal que el Oriente cristiano reconoció explícita o implícitamente durante el primer milenio de la historia de la Iglesia? Sin lugar a dudas, el Primado de fe: la fe de la iglesia romana es la fe de Pedro. Una fe indefectible, fundada en la especial promesa del Señor: «Yo he rogado por ti para que no desfallezca tu fe»; una fe que llevaba aparejada una misión universal y para todos los tiempos: «y tú, cuando te conviertas, confirma a tus hermanos» (Lc 22, 32). El concilio ecuménico de Calcedonia, reunido en el año 451, es un buen testimonio del reconocimiento por la Cristiandad oriental del Primado de fe del Obispo de Roma. El papa León Magno envió al patriarca Flaviano de Constantinopla una epístola donde exponía la doctrina católica hacia las dos naturalezas —divina y hu-

mana— en Cristo. Cuando la carta fue leída en el aula conciliar, llena casi exclusivamente de obispos orientales, la asamblea prorrumpió en una aclamación unánime: «¡Pedro ha hablado por boca de León!». Dos siglos y medio más tarde, el III concilio de Constantinopla —sexto de los ecuménicos—, celebrado entre los años 680 y 681, reaccionó otra vez de manera parecida ante la epístola dogmática enviada a Oriente por el papa Agatón: «¡es Pedro quien hablaba por Agatón!». Pero también en el terreno jurisdiccional, hubo casos de reconocimiento de la Primacía romana por parte del Oriente cristiano. No cabe así ignorar los cánones del concilio de Sárdica (343), que atribuyeron al Papa un importante papel en los litigios entre obispos. A éstos se les reconoce el derecho de recurrir al Papa, y el fundamento de este recurso universal «al Obispo de la Iglesia romana» es la voluntad de honrar la memoria del «santo Apóstol Pedro».

En los siglos sucesivos aparecen nuevas pruebas del reconocimiento de la Sede romana como una instancia superior a la que recurrieron las facciones eclesiásticas orientales en horas de adversidad. Así sucedió durante la crisis de la iconoclastia, con los defensores del culto a las imágenes y en el siglo IX en las alterancias entre Ignacio y Focio en el gobierno del Patriarcado de Constantinopla. Unos y otros —ignacianos y focianos— solicitaron el apoyo de la autoridad papal, en los períodos en que el bando opuesto detentaba el poder patriarcal.

4. *Un progresivo distanciamiento*

Primado de fe, autoridad moral superior, e incluso reconocimiento del Papa como última instancia para ciertos litigios entre obispos, sí; pero negativa a reconocer al Papa un Primado de jurisdicción sobre las tierras de la Cristiandad oriental. El primer choque se produjo cuando, a mediados del siglo V, el concilio de Calcedonia (451), el mismo que había aclamado la Primacía de fe del Obispo de Roma, aprobó un célebre canon —el 28— que otorgaba a la Sede de Constantinopla la potestad jurisdiccional —el gobierno eclesiástico— de las grandes diócesis de Tracia, Asia y Ponto y de los territorios que en lo sucesivo conquistara la acción evangelizadora de los misioneros: una cláusula que supuso la sujeción a Constantinopla de los pueblos eslavos que en los siglos siguientes abrazaron el Cristianismo. Las crecientes pretensiones de la Sede de Constantinopla se pusieron de manifiesto en un incidente menor pero significativo: a finales del siglo VI, el patriarca Juan «el Ayudador» asumió el pretencioso título de «Patriarca ecuménico», un gesto al que respondió Gregorio Magno introduciendo entre los títulos papales el de *servus servorum Dei*, «siervo de los siervos de Dios».

Pero, al margen del debate sobre problemas de jurisdicción, otras diferencias más al alcance del pueblo fiel contribuyeron al distanciamiento espiritual en-

tre las Iglesias. La creciente incomprensión lingüística constituyó un poderoso factor de aislamiento e impidió la recepción en Oriente de la importantísima doctrina teológica de san Agustín. El concilio oriental *in Trullo*, del 692, rechazó una serie de usos litúrgicos y disciplinares de los latinos y, dos siglos más tarde, las «Respuestas a las Consultas de los Búlgaros» del papa Nicolás I, magistrales desde el punto de vista misional, no podían disimular un marcado acento antigriego. En el terreno de la vida monástica, tan importante en la Edad Media, la Regla de San Benito —la «carta magna» del monacato occidental— no se introdujo en el Oriente cristiano, que tuvo por principal legislador ascético a san Basilio. El clero casado, difundido en Oriente, chocaba con la disciplina latina del celibato sacerdotal y dio lugar, además, a la aparición en la Iglesia griega de un episcopado de exclusiva procedencia monástica, ya que el celibato, no exigido al clero inferior, era sin embargo necesario para los obispos. Sobre ese hervidero de diferencias litúrgicas y disciplinares, de sensibilidades y de talante, Focio dos veces patriarca de Constantinopla y genuina encarnación del espíritu bizantino, dio un paso de evidente gravedad: pasó abiertamente al terreno dogmático y acusó de herejía a la Iglesia occidental por la inserción del *Filioque* —la procedencia del Espíritu Santo del Padre y el Hijo— en el texto del Símbolo de la Fe.

5. *Un nuevo mapa político*

Otro factor de orden político vino todavía a incidir en el proceso de distanciamiento entre las dos Iglesias. Desde mediados del siglo VI y como consecuencia de la Guerra gótica, Roma y Constantinopla se hallaban integradas en un mismo espacio político, el Imperio bizantino. Por espacio de dos siglos, el emperador oriental confirmaba las elecciones papales y garantizaba la seguridad del territorio pontificio contra los enemigos exteriores, y en especial frente a sus inquietos vecinos, los longobardos de Italia. Pero la creciente amenaza que suponía para Constantinopla la presión del Islam forzó al Imperio a replegarse de sus dominios occidentales y Bizancio dejó de ofrecer una eficaz ayuda militar al Papado. Ante ese nuevo estado de cosas, la Sede romana se vio obligada a replantear su política temporal y a buscar en Occidente la protección que ya no podía prestarle el Imperio oriental. Occidente tuvo de nuevo un Imperio cristiano, cuyo primer paso fue la coronación imperial de Carlomagno en la Navidad del año 800 y, en el siglo X; la del rey alemán Otón I, origen esta última de un Imperio romano-germánico occidental.

Desde entonces, Roma y Constantinopla estuvieron también separadas por la pertenencia a dos distintos ámbitos políticos, y el Papado se integró con el nuevo Imperio en el ordenamiento político-religioso de la Cristiandad medieval. Pese a ello, puede afirmarse que en los mejores espíritus de Oriente seguía vivo el senti-

do profundo de unidad cristiana. Un ejemplo insigne lo constituyen los hermanos Cirilo y Metodio, enviados por Constantinopla a evangelizar a los eslavos occidentales. Cirilo murió en Roma y sus funerales fueron celebrados con la máxima solemnidad, la reservada a los papas; Metodio prosiguió la misión, no sólo como enviado de Constantinopla, sino investido además de la dignidad de legado papal. Los santos Cirilo y Metodio fueron proclamados por Juan Pablo II Patronos de Europa, junto a san Benito, hecho Patrono por Pablo VI.

6. *El Cisma del 1054*

Pero ya es hora de retornar al principio, al caluroso mes de julio del 1054. Ocupaba el trono patriarcal de Constantinopla desde hacía veinte años Miguel Cerulario, un personaje altanero y ambicioso, fuertemente implicado en las disputas políticas y con violentos sentimientos anti-latinos, que le llevaron a ordenar la clausura de todas las iglesias de ese rito existentes en la ciudad. Por otra parte, en Roma había dado comienzo el movimiento reformista que culminaría en Gregorio VII y que se conoce con el nombre de «Reforma gregoriana». Acontecimientos políticos acaecidos en el sur de Italia, donde los bizantinos y el Papado luchaban aliados contra los normandos, impulsaron al emperador Constantino IX a promover la paz eclesiástica, envenenada como nunca por el cruce de acusaciones de Cerulario contra los latinos y las respuestas romanas, fundadas en las directrices centralizadoras del movimiento reformista, que contenían severas denuncias contra los griegos. El emperador, ansioso de procurar la reconciliación, consiguió que la curia romana decidiera el envío de una legación de alto nivel, presidida por dos insignes reformadores: los cardenales Humberto de Silva Cándida y Federico de Lorena.

Los legados fueron bien recibidos por el emperador, pero con abierta hostilidad por el Patriarca. Ellos, por su parte, con su conducta poco diplomática, dieron pruebas de un gran desconocimiento de la Iglesia y de la sociedad griega. Un clima de agitación anti-latina se extendió entre el clero y el pueblo mientras que el cardenal Humberto, fiado en el apoyo de la autoridad imperial, redactó una bula de excomunión y anatema contra Cerulario y la depositó sobre el altar de la catedral de Santa Sofía el 16 de julio del año 1054. Ante ese «desafío», el clero griego y las rasas populares, soliviantadas por el Patriarca invadieron las calles y pusieron cerco al palacio imperial. La situación se hizo tan crítica que el propio soberano hubo de rogar a los legados que abandonasen Constantinopla. El 24 de julio, Cerulario reunió un sínodo que acordó la excomunión de los legados y de todos sus cómplices. Así dio comienzo el famoso Cisma de 1054. El pueblo fiel oriental, habituado desde hacía siglos a tensiones y enfrentamientos con la Iglesia latina, que a la postre terminaban por apaciguarse, no tuvo conciencia de que hubiera comenzado el Cisma. En Occidente, el acontecimiento pasó todavía más inadvertido.

7. Las consecuencias de las Cruzadas

No había transcurrido aún medio siglo desde el comienzo del Cisma cuando, en 1095, el papa Urbano II convocó en Clermont la primera Cruzada y, cuatro años después, en 1099, Jerusalén caía en manos cristianas. Las Cruzadas —la gran empresa común de la Cristiandad occidental— parecían en principio destinadas a favorecer el acercamiento entre el Occidente y el Oriente cristianos, unidos por un mismo afán de liberar los Santos lugares y enfrentados con un adversario común, el Islam. Pero la historia nos revela que las consecuencias fueron muy distintas. El paso de los ejércitos occidentales por territorio bizantino provocó innumerables incidentes y violencias que, lejos de promover el acercamiento, contribuyeron a soliviantar los ánimos de las poblaciones griegas contra los guerreros venidos de Occidente. Estos, por su parte, desconfiaban de los griegos y sospechaban traiciones y manejos en connivencia con los musulmanes.

Los desacuerdos llegaron al límite a raíz de la cuarta Cruzada cuando los occidentales, apartándose de su verdadero objetivo, se apoderaron de Constantinopla, la saquearon y constituyeron un Imperio latino de Oriente. Hicieron falta casi sesenta años para que los griegos reconquistaran su histórica capital y esta ciudad volviera a ser cabeza del Imperio bizantino. Las Cruzadas, en suma, por lo que hace a la causa de la unidad cristiana, tuvieron unos efectos claramente negativos y exacerbaron, a nivel popular y del bajo clero, el sentimiento anti-latino y la hostilidad hacia los cristianos de Occidente.

8. Los intentos unionistas en el segundo milenio

Mas el anhelo de unidad cristiana no había desaparecido, aunque se tratara de un sentimiento minoritario circunscrito a grupos de eminentes teólogos, o bien de emperadores bizantinos, movidos en parte por razones de alta política. Tal fue el sentido que inspiró a los movimientos unionistas entre los siglos XIII y XV. Puede resultar sorprendente ver como Miguel VIII Paleólogo, el «reconquistador» de Constantinopla, que puso fin al Imperio latino se convirtiera en campeón de la unidad, con la segunda intención de asegurarse el apoyo del Papado frente a cualquier intento por parte de algún príncipe cristiano occidental —en concreto Carlos de Anjou— de restablecer el fenecido Imperio. Pero con Miguel Paleólogo lucharon por la unidad Juan Beccos —el mayor teólogo oriental contemporáneo— y el papa Gregorio X, hombre profundamente religioso que respaldaba con todas sus fuerzas la causa de la unión de las Iglesias. Fruto de todo ello fue la «Unión de Lyon», llamada así porque se concluyó en la circunstancia histórica del concilio II de Lyon, en presencia, entre otros príncipes, del rey aragonés Jaime I el Conquistador. Pero el éxito fue más aparente que real

y resultó efímero. La unión entonces conseguida apenas resistió unos pocos años. La masa de la Iglesia griega la rechazó; por otra parte, muerto el papa Gregorio X, sus sucesores tampoco mostraron mayor interés por la reconciliación con el Oriente cristiano. Un nuevo emperador bizantino, Andrónico, removió a Juan Beccos de la Sede patriarcal de Constantinopla y restableció el Cisma, con todo rigor.

Pero el máximo intento en el camino de la reunificación de las Iglesias tuvo lugar a mediados del siglo XV, en el marco del concilio de Ferrara-Florenia. La representación griega era esta vez del más alto nivel: la encabezaba el propio emperador de Bizancio, Juan VIII, a quien acompañaba el Patriarca de Constantinopla y una selección altamente cualificada de delegados de los otros Patriarcados de Oriente. Isidoro de Kiev, representante del príncipe Vasili de Moscú, y el Metropolitano Bessarion de Nicea, los dos principales teólogos orientales de la época, eran fervientes partidarios de la Unión. Todas las cuestiones dogmáticas y disciplinares que separaban a las dos Cristiandades de Oriente y Occidente —desde el *Filioque* al Primado papal— fueron examinadas, debatidas y aclaradas de modo exhaustivo; y el propio patriarca de Constantinopla, José II, que falleció en Florenia durante el Concilio, suscribió antes de morir una profesión de fe en el Primado del «Soberano Pontífice y Vicario de Nuestro Señor Jesucristo». El lunes, 7 de julio de 1439, en la iglesia florentina de Santa Maria dei Fiori, fue proclamada el acta de la Unión y todos los padres latinos y griegos, con la excepción del metropolitano Marco Eugenio de Efeso, dieron su *placet*. El Cisma de Oriente, iniciado por Miguel Cerulario, parecía concluido cuando se cumplían 385 años de su comienzo.

Y, sin embargo, el curso de la historia no fue así, y la unión resultó a la postre un lamentable fracaso. La iglesia rusa fue la primera en rechazarla, siguiendo órdenes del Príncipe de Moscú, y en todo el Oriente cristiano se produjo un violentísimo movimiento anti-latino, inspirado en viejos atavismos y azuzado por los libelos incendiarios de Marco Eugenio de Efeso, el único Padre que en Florenia había rehusado suscribir la Unión. La situación llegó a tal extremo que el emperador Juan VIII, de regreso en Constantinopla, no se atrevió a publicar el decreto de Unión. Tras su muerte, el sucesor —su hermano Constantino XI— abrumado por las dramáticas circunstancias políticas, decidió promulgar el acta de la Unión, y así lo hizo en una solemne ceremonia celebrada en Santa Sofía el 12 de diciembre de 1452. La frenética agitación popular lanzó a las masas a las calles de la ciudad al grito de «¡antes el turbante de los turcos que la mitra de los latinos!». El malhadado eslogan no tardó en hacerse realidad: antes de medio año, el 29 de mayo de 1453, los turcos asaltaron Constantinopla, Constantino XI murió en la pelea y el Imperio cristiano de Oriente desapareció para siempre. Bessarion e Isidoro de Kiev, refugiados en Roma y hechos cardenales, fueron los últimos testigos del fracaso de la Unión de las Iglesias. El Cisma prosiguió y por eso nos disponemos a conmemorar los novecientos cincuenta años del comienzo.

9. Un balance a comienzos del siglo XXI

Esta conmemoración obliga a una serena reflexión sobre la hora que vivimos. Una premisa de la que es preciso partir tiene un claro acento negativo, como reconocía en 1994 el papa Juan Pablo II, en un discurso al Consistorio: el Cisma todavía perdura. Y el Pontífice, ante esta realidad declaraba: «No podemos presentarnos ante Cristo, Señor de la historia, tan divididos como, por desgracia, nos hemos hallado en el segundo milenio» (13-VI-1994). Pero eso no significa que a lo largo del segundo milenio no se hayan dado avances meritorios en el camino de la unidad cristiana.

Sería así injusto, por una visión reduccionista del ecumenismo, que ignore la historia de las mentalidades, menospreciar la dimensión que tuvo a finales del siglo XVI la Unión de Brest-Litowsk. Fue un acontecimiento eclesiástico de considerable magnitud, gracias al cual, pese a incontables persecuciones sufridas en tiempo de los Zares y a la política de exterminio llevada a cabo por el régimen comunista de la Unión Soviética, los fieles de la Iglesia greco-católica —los «Uniatas»— representan el 7% de la población actual de Ucrania. Por su parte, las Iglesias Ortodoxas, durante siglos pasados bajo dominación turca, han mantenido en sus pueblos la vida sacramental, se han compenetrado íntimamente con ellos y «se nos presentan —ha dicho Juan Pablo II en la carta pastoral *Oriente lumen*, 7 (2-V-1995)— como un ejemplo de inculturación bien realizada». La contrapartida ha podido ser el exceso de particularismo —e incluso nacionalismo— que comporta la «autocefalia», en detrimento del sentido de universalidad.

El hecho es que, tras el concilio Vaticano I, al cual no asistió ningún representante de la Ortodoxia, León XIII dio un paso significativo con su encíclica *Orientalium dignitas* (1894); el cambio de clima se puso de manifiesto en la nutrida representación de observadores de las Iglesias de Oriente presentes en el concilio Vaticano II. Momentos estelares de este acercamiento han sido el encuentro en Tierra Santa, el 5 de enero de 1964, entre Pablo VI y el patriarca Atenágoras de Constantinopla y los celebrados con posteridad por sus sucesores, aunque no hayan faltado nuevas tensiones, sobre todo con el Patriarcado de Moscú, a raíz de la restauración de las estructuras eclesiásticas católicas en Rusia. Un gesto altamente simbólico fue el levantamiento por la Iglesia Católica y las Iglesias Ortodoxas orientales de las mutuas excomuniones lanzadas en el año 1054. El levantamiento de las excomuniones tuvo lugar al final del concilio Vaticano II, el 7 de diciembre de 1965.

10. El contenido esencial del Primado petrino

«Ya nos une un vínculo muy estrecho. Tenemos en común casi todo», afirmaba Juan Pablo II en su Carta pastoral *Oriente lumen*, 3; pero en ese «casi» se in-

cluye todavía el Primado petrino. El Papa ha evocado reiteradamente la experiencia del primer Milenio, en que una forma de Primado fue reconocido por el Oriente ortodoxo. Y, con el fin de precisar los términos de aquella Primacía, se han realizado recientemente importantes estudios. Yo mismo participé en Roma en el Simposio celebrado entre el 9 y el 13 de octubre de 1989, que contó con la activa presencia del cardenal Josef Ratzinger, y cuyo tema central era «El Primado del Obispo de Roma en el primer Milenio». Fue, sin duda, un serio esfuerzo y una provechosa clarificación del problema, con vistas al diálogo teológico con las Iglesias de Oriente. Sin embargo, el Primado durante el primer Milenio no puede presentarse sin más como un modelo válido para hoy. Ha de tenerse en cuenta el desarrollo de la doctrina acerca del Primado petrino, como consecuencia en especial de los concilios Vaticano I y II, y el notable cambio experimentado por las circunstancias sociales y políticas durante los últimos siglos.

Un reciente documento de la Congregación para la Doctrina de la Fe, fechado en el año 2002 y titulado «El Primado del sucesor de Pedro en el Misterio de la Iglesia», expone lúcidamente los términos en que está planteada hoy la cuestión del Primado papal. «La inmutable naturaleza del Primado del Sucesor de Pedro — dice el documento — se ha expresado históricamente a través de modalidades de ejercicio adecuadas a las circunstancias de una Iglesia peregrina en un mundo cambiante». Por lo que hace a los contenidos concretos, éstos dependerán de las circunstancias de lugar y tiempo, siempre con vistas a la finalidad última del Primado, que es la unidad de la Iglesia. La mayor o menor extensión de esos contenidos concretos dependerá en cada época histórica de la *necessitas Ecclesiae*. El discernimiento de esos contenidos y las modalidades del ejercicio del ministerio petrino habrá de realizarse *in Ecclesia*, esto es, con la asistencia del Espíritu Santo, en diálogo entre el Romano Pontífice y los demás Obispos, correspondiendo siempre al Papa, como sucesor de Pedro, «la autoridad y la competencia para decir la última palabra sobre las modalidades de ejercicio del propio ministerio pastoral en la Iglesia universal».

José Orlandis

Paseo de Mallorca, 17C, 5ºA
E-97911 Palma de Mallorca